11/4321-18/103

LA NOVELA CORTA — REVISTA SEMANAL — Núm. 14 — Año I

TODOS LOS LUNES

40 centavos en SANTIAGO
50 „ en PROVINCIAS

Las mejores Novelas de los mejores Autores del mundo.

SANTIAGO, JULIO 25 DE 1932

TIERRA EN LAS MANOS

POR

Boris Pilniak

Ediciones ERCILLA

LA NOVELA CORTA REVISTA SEMANAL. Núm. 14

25 de Julio de 1932.

LIDIA SEIFULLINA EN NUESTRO PROXIMO NUMERO

Vigorosa y extraña personalidad la de la novelista rusa Lidia Seifullina. Extraña para nosotros, pueblos latinos, que no acertamos a explicarnos cómo una mujer puede tener en su literatura tanta fuerza y en su espíritu tanta valentía para mirar de frente a la vida y tanta audacia para combatir por ella.

De padres tártaros, Lidia Seifullina nació en el Ural, en 1889. Tuvo hasta le guerra dos profesiones bastante contrarias y en las cuales ella puso, sin embargo, la pasión de su alma: fué profesora y actriz. Como toda intelectual rusa, la lucha social y política la atrajo. En 1917 ingresó en el partido socialista revolucionario, que abandonó en 1919, cuando este partido activó su campaña contra la dictadura bolchevique. A raíz de esto, debutó en el periodismo y al poco tiempo publicó su primera novela corta, a la cual siguieron otras varias, entre ellas "El Desertor" y "Virinea", que han sido adaptadas a la escena y han obtenido gran éxito.

Como todas las personalidades literarias de la nueva Rusia, Lidia Seifullina tiene, como motivo central de su arte, la lucha social en su patria, lucha cuyos personajes encuentran en su pluma una magistral retratista. Las costumbres de la Rusia actual palpitan en sus narraciones con notable realismo.

El próximo número de "La Novela Corta" estará consagrado a esta gran escritora, con su novela "La Vieja", pequeña obra maestra de emoción y de interés dramático.

OSSENDOWSKY EN LA COLECCION "LAS GRANDES OBRAS"

En estos días, la Editorial Ercilla, en su colección "Las Grandes Obras", lanza a la circulación "Bestias, Hombres, Dioses", el célebre libro de Ossendowsky, que en su aparición, causó tan vivo revuelo en el mundo y que hasta ahora conserva íntegro el interés del primer momento.

"Bestias, Hombres, Dioses", es un libro de viajes, maestro. Ossendowsky, viéndose obligado a huir de Rusia, al estallar la revolución, por ser profesor de los hijos del Zar, atraviesa el Tibet y las regiones más misteriosas de Asia, llegando a Pekín después de mil peripecias extraordinarias y después de haber sido testigo presencial de los más estupendos sucesos. Es tal la calidad de los acontecimientos narrados por Ossendowsky, que en Europa se creyó que su libro era fruto de una desatada fantasía. Sin embargo, el célebre escritor logró probar la verdad de cuanto contaba.

La edición cuidadosa y bien presentada que lanza ahora la Editorial Ercilla y que recomendamos a nuestros lectores, viene a difundir una de las obras más interesantes y extraordinarias de la actual literatura.

BORIS PILNIAK

Tierra en las manos

Al comenzar el verano, en las ciudades rusas de provincia es necesario abrir muy de mañana las ventanas a fin de que el aire, movido por el ligero viento de junio, ventile las habitaciones. Estas se llenan entonces de frescura y luz verdosa, procedente de los tilos y los arces. Las parras silvestres de las terrazas ocultan el oro del día tras su follaje verde. En semejantes días el hombre se siente fundido con la tierra.

En una de estas mañanas estaba un hombre sentado a su mesa de escribir, ante papeles y pensamientos, cerca de la abierta ventana en el ángulo situado frente a la puerta de la terraza, mientras su mujer labraba fuera los cuadros de flores, en medio de los ramos de lilas y los dorados rayos de sol. De vez en cuando venía la mujer a la terraza, con un pañuelo al cuello y las manos apartadas del cuerpo para no manchar el vestido. ¡Rara, muy rara es la dicha de estar unido en amistad a la tierra!... ¡Rara, muy rara es la dicha de un matrimonio lleno de amor, confianza y fidelidad! Esta dicha de la confianza, la amistad, el amor y la colaboración vivía en esta casa. Tan sólo en seres de distinguidos pensamientos e intenciones puede hallarse tal dicha, y ellos eran seres valiosos, sencillos, laboriosos: él, escritor sociológico; ella, pintora. Se habían encontrado cuando él ya tenía más de treinta y cinco y ella más de treinta años.

Es un recreo dulce, que fatiga los músculos, escarbar en la tierra, plantar en los bancales tabaco y resedas y arrancar toda clase de malas hierbas; es maravilloso saber al inclinarse sobre la tierra, que lo que se siembra o planta en ella va a crecer. El hombre había cavado los cuadros junto a la mujer antes de sentarse junto a los libros. Ante sus papeles en la mesa venían los pensamientos acostumbrados: cifras, comparaciones, citas, contradicciones, fórmulas; venía el verdadero trabajo, venían las horas en que los ojos de sabios y artistas están completamente ausentes, indiferentes, ciegos para el mundo situado al margen de los libros.

En esta ausencia e indiferencia oyó el hombre cómo un desconocido entraba en el patio por el postigo, no cerrado con llave. Llevaba un ancho sombrero — así le pareció al menos — y un maletín. El forastero dijo ventana adentro que deseaba ver a Ana Andreieva. El hombre, sin levantar la vista de los papeles, le respondió que estaba en el jardín.

El no notó cómo habían pasado los minutos cuando la mujer, con las manos manchadas de tierra, entró por la terraza en el cuarto, acompañada del desconocido. No se fijó en la cara de la mujer.

El desconocido se inclinó y dijo:

—Dispense usted; quisiera permanecer a solas algunos minutos más con Ana.

Y Ana dijo:

—Sí, voy con Sergio a mi cuarto, Paul.

De nuevo el hombre no se fijó en el rostro de la mujer, y de nuevo transcurrieron esos minutos en que los ojos no ven el mundo y el mundo vive sólo en los libros. Ana volvió de su cuarto. Paul alzó los ojos ausentes y observó que las manos de la mujer —manchadas de tierra como antes — colgaban con expresión de desaliento y que sus ojos estaban llenos de desamparo. El mundo de las cosas retornó a Paul.

Entonces comenzó a hablar el desconocido. Ana se hallaba junto a la puerta de la terraza, de espaldas hacia ambos; el oro del día bordeaba las parras y sus hombros.

—Paul Andreievitsch—dijo el desconocido y calló luego en larga pausa—. Paul Andreievitsch, ninguno de nosotros somos ladrones. A mí me mueven sentimientos humanos.

Volvió a callar, a fin de concentrar en frases claras sus pensamientos.

—Trece años hace que no he visto a Ana, pero durante todos esos trece años no he hecho más que soñar y pensar en ella. Usted sabe que me separé de ella en París, yendo como soldado ruso al frente francés. Usted sabe que Ana vivió conmigo en su juventud, pero también sabe usted que Ana no tiene nada que reprocharse por esto y que tampoco usted puede reprochárselo. La tierra es lo bastante grande para extraviarse en ella. Yo vuelvo a Ana después de que ambos tenéis tras de vos

tros ocho años de matrimonio. Somos ya hombres maduros. No sabía que Ana estaba casada.

Ante Paul se hallaba aquel hombre cuyo recuerdo habían mantenido sagradamente en su matrimonio, el primer marido de Ana, un hombre de gran valor. Un hombre viejo ahora, un artista de cabellos grises; antaño había enseñado a Ana el arte pictórico y el valor de la vida. Los ojos de este viejo eran bondadosos, miraban a Paul desconcertados y llenos de cariño. No podían mirar de otro modo, pues en el cuarto estaba la amada, la mujer única, y el hombre a quien pertenecían esos ojos era bueno. Paul pensó que también él había encanecido, encanecido prematuramente en los años de la tormenta rusa, y que también sus ojos eran buenos y cariñosos, de bondad natural.

Dos hombres se hallaban frente a frente. El uno muy semejante al otro: no en balde amaba Ana al uno como al otro. Paul recordaba que Ana había descrito a Sergio como un artista bello y joven, como un hombre de solar claridad y corazón fuerte. Y sus descripciones se mezclaban con la imagen de este buen viejo de ojos que miraban cansados y plenos de cariño. Este hombre volvía de la muerte.

Paul dijo distraído:

—¡Cómo ha cambiado usted, Sergio... Sergio Ivanovitsch!

Los dos se sonreían mutuamente, casi ausentes. Paul alargó la mano. Y al retener y apretar la mano del otro, en la columna vertebral y en el temblor nervioso del pecho y los omoplatos se sintió a sí mismo, a Ana y al forastero. Ana no amaba en su vida más que a los dos. Honraba el recuerdo de Sergio, lo mismo que él, Paul, honraba el recuerdo de este hombre, del cual una esquela de defunción, enviada a Ana por la oficina de un regimiento de infantería francés, anunciaba que el pintor ruso Sergio Ivanovitsch Lavrenieov, soldado raso de dicho regimiento, "había caído ante Verdún". Este recuerdo — sagrado y secreto, y particularmente sagrado y secreto cuando es venerado — estaba entre los dos. Jamás, durante los años de su amor, había interrogado él a Ana sobre su afecto por Sergio, y nunca se había situado frente a sí mismo y frente a él, ya que quería precisamente proteger este recuerdo. Paul tenía la mano de Sergio entre las suyas. Y en la co-

lumna vertebral, en el estremecimiento del pecho sentía que, a partir de ese minuto — incluso en su pensamiento— no podía llamar a Ana su mujer, porque verdaderamente no era, como Sergio había dicho, ningún... ladrón.

Largo tiempo retuvo la mano de Sergio. Los ojos de éste permanecían absortos. Paul dijo:

—Ya, Sergio, sí; claro que no soy un ladrón.

Ana se dirigió a ellos. Se acercó. Sus manos, ampliamente separadas del cuerpo, parecían haberse petrificado. En sus ojos había lágrimas. Sergio le tendió las manos, con las palmas hacía arriba. Ana bajó la vista. Paul comprendió que éste era un gesto acostumbrado de Sergio, que Ana conocía de antes. Y bajó la vista, como hacen los hombres que bajan la vista avergonzados para no ver lo que no debe ser visto. Ana vió los ojos desviados de Paul, y sus manos se tendieron hacia él. El no lo vió y Ana permaneció suspensa, con las manos extendidas.

—¡Voy a lavarme las manos! — exclamó ella.

—Ve — dijo Pablo.

—Ana, Paul Andreievitsch — comenzó Sergio, y sus labios temblaban en dolor físico—. Ana, querida Anuschka... si quieres me marcho inmediatamente, para siempre. Anuschka... sí, estoy muy aviejado. Paul Andreievitsch, muy aviejado.

Ana se dejó caer sin fuerzas sobre la silla, junto a la mesa; olvidó las manos.

—¡No, no! ¿Qué es eso? — dijo Paul. — Ana ha hablado tanto y tan cariñosamente de usted. Sus fotografías están aquí, en nuestra casa, y a mí me pareció que... que la idea que yo me hacía de usted... ¡vamos, vamos, Serioscha!

Paul llamaba a Sergio como él y Ana le llamaban siempre que de él hablaban.

—No, espere usted, Serioscha; no ha hecho usted más que cambiar en comparación con la fotografía...

Las manos de Ana se tendieron hacia Paul con el mismo movimiento con que las manos de Sergio acababan de tenderse hacia Ana. Este gesto — comprendió Pablo — Ana lo había tomado de Sergio. Paul cogió con ambas manos las de Ana y besó en ellas la tierra, besó la tierra negra y húmeda con toda la ternura que sentía por la mujer. Se limpió la tierra de los labios y dijo:

—No, Anuschka — al decir esto se sorprendió llamán-

do a Ana por el nombre que Sergio le había dado—: no, Ana, yo no soy un ladrón. He comprendido que no te puedo llamar mi mujer... antes de que tú no me llames tu hombre.

Paul volvió a limpiarse la tierra de los labios:

—¡Cuánto extraño encierra el tiempo! Aquí estamos los tres, ¿cómo debe decirse? Lo más maravilloso en mi vida... Usted lo ha conocido antes que yo, Serioscha... y yo he conocido lo que para usted era lo más sagrado, su exclusivo secreto. No hallo palabras adecuadas.

Ana se levantó. Permaneció inmóvil por espacio de un segundo. Las fuerzas abandonaron su voluntad. Su cuello vibraba como una cuerda. Encogió la cabeza entre los hombros, se dirigió a Sergio y le abrazó. Pablo y Sergio comprendieron: cuando Ana tendió las manos a Paul, defendía a Sergio; ahora que se acercaba a Sergio, defendía a Paul. Y la cabeza entre los hombros, la mejilla junto al pecho de Sergio, dijo Ana:

—Tengo miedo, Serioscha; tengo miedo, Paul. ¡Cómo te he esperado, Serioscha, cuando fuiste al frente! ¡Cómo sufrí al recibir en Rusia la noticia de tu muerte! Ya sabes cuánto te he querido. Ahora vienes... ¡qué alegría para mí! No, estas no son las palabras adecuadas: has vuelto, y yo te amo. Pero también amo a Paul. Tengo un hijo. Tenemos un hijo; es mi único hijo y no podré tener más. Tengo mucho miedo. ¡No sé! ¿Lo oyes, Paul? No sé...

Paul se acercó a Ana, abrazándola a ella, y a Sergio; luego reclinó su cabeza en el hombro de Ana.

—Anuschka — dijo; de nuevo volvió a llamarla con el nombre de Sergio, pero no se enmendó—, Anuschka, querida mía; bien sabes, querida, bien sabes que Sergio y yo sólo queremos tu felicidad, tu felicidad... Ya sabes... esperamos lo que digas.

Paul perdió las palabras; si grande y bueno era su amor a Ana, lo humano que había creado en Ana le llenaba de agradecimiento. Enmudeció, bajó la cabeza. Quiso contemplar el rostro de Ana, pero no pudo hallarse en seguida en sus rasgos. La obscuridad penetró en el cuarto; tras las ventanas moría el día. El olvido de sí mismo y la indiferencia con relación al tiempo que experimentaba Paul en horas de trabajo, les embargaba ahora a todos. Se hallaban de pie, abrazados entre sí, y el tiempo había cesado de exis-

tir. En torno a ellos el blanquecino resplandor de una blanca noche de junio rusa. La tierra irradiaba su oro. En el cuarto olía a alelíes. En el jardín cantaban las currucas. El rostro de Ana con los ojos cerrados tenía una expresión débil. Sus manos manchadas de tierra colgaban sobre los hombros de Sergio sin mancharle la chaqueta.

—Es ya de noche — dijo Paul extrañado—; Anuschka, ve y lávate las manos, las tienes llenas de tierra.

Paul cogió las manos de Ana y besó tiernamente la tierra que las manchaba. El rostro de Ana era dichoso. Se dirigió a la puerta de su cuarto para lavarse la tierra de las manos. Todas las ventanas estaban abiertas, y a través de la casa corría el aire verde de la noche. En estas horas el hombre se funde con la tierra.

ISAAC BABEL

Después de la lucha

El 31 atacamos en la zona de Tscheniski. Los escuadrones se formaroñ en el bosque, cerca de la aldea. A eso de las seis de la tarde nos lanzamos contra el enemigo. Este se hallaba apostado en una colina, a tres mil pasos de nosotros. Avanzamos al galope, dejando sin aliento a los caballos; desde arriba nos mira la muerte con fijeza de muralla, blancas carátulas sobre monturas negras. Eran los cosacos que, al principio de la guerra, nos traicionaron a los polacos: el capitán Jakovlev ha formado la brigada. En cuadro la ha mandado formar; él delante, con el sable desenvainado; en sus morros se ha visto brillar el diente de oro, y la negra barba descansa sobre su pecho como la estampa de la Santísima Trinidad sobre un cadáver. A veinte pasos de distancia comienzan a castañetear sus ametralladoras. Algunos de los nuestros caen heridos. Nosotros seguimos avanzando a caballo, chocamos contra el cuadro, pero éste se mantiene firme como un muro. Entonces empezamos a retroceder.

Así han conseguido los de Savinkov su victoria sobre la "sexta". Claro que no durará mucho tiempo. La han ganado únicamente por haber hundido sus carátulas en el arco de nuestro frente. Por esto ha resistido el capitán y nosotros hemos vuelto grupas, sin haber teñido nuestros sables en la sucia sangre de los traidores.

Cinco mil hombres, toda nuestra sexta división, galopan colina abajo. Nadie les persigue. El enemigo se queda arriba; no cree en su triunfo. Así escapamos con vida y nos dirigimos vertiginosamente al valle en que Vinogradov, nuestro jefe de división, hace encabritarse locamente a su caballo y obliga a volver al frente a los cosacos que huyen.

—¡Líutiov!—me grita.— ¡Corta el paso a la gente, o te abraso!...

Y al mismo tiempo da al caballo con su revólver un fuerte culatazo en medio de una cabriola y berrea a la gente de tal modo que la voz resulta un rugido. Yo trato de apartarme de él y corro en dirección al "kirguis" Gulimov, a quien veo no muy lejos de mí.

—¡Arriba, Gulimov! — le grito. — ¡Vuelve grupas!

—¡Vuelve tú mismo el trraserro de tu jamelgo! — gruñe Gulimov; luego mira taimadamente en torno suyo y me suelta un tiro, cuya bala me chamusca el pelo por encima de la oreja. — ¡Arrrea tú primerro tu yegua! — silba ya a dos pasos de mí, agarrándome con una mano de un hombro y tratando de sacar el sable con la otra. Pero el sable está prieto en la vaina. El kirguís se estremece y mira a su alrrededor, pero continúa agarrado convulsivamente a mi hombro y se inclina adelante hasta reflejar sus ojos en los míos.

—¡Tu yegua delante y la mía detrrrás! — Apenas le oigo, pues silban las palabras; después me da un golpe en el pecho con el puño del sable, que al fin ha logrado desenvainar. Algo me ahoga en la garganta; tanto se me ha acercado la muerte, tanto se ha apretado contra mí que, desesperado, llevo mi mano a la cara del kirguís, la siento caliente, como una piedra en que se ha reflejado largo tiempo un sol ardiente, clavo mis uñas en su carne lo más profundamente que puedo. La sangre cálida brota a lo largo de mis uñas, la siento cosquillear en mis dedos, luego me aparto de Gulimov, jadeando como después de un largo galope. El caballo, mi rendido amigo, marcha al paso. Yo me dejo llevar sin fijarme en el camino, sin volver la cabeza, hasta que tropiezo con Worobiev, el comandante del primer escuadrón. Buscaba a sus sargentos de alojamiento y no los encontraba. No estaban allí. Marchamos juntos a caballo a Tschesniki, y allí nos sentamos en un banco. Después se acercó a nosotros Akinfiiev, que antes ha llevado en su carruaje a los camaradas del tribunal de campaña. Saschka, la "hermana de sanidad" del 31 regimiento de caballería, pasa por delante de nosotros y dos comandantes de sección de Tschesniki vienen a sentarse a nuestro banco. Ambos mastican tabaco y permanecen silenciosos; uno de ellos está herido, menea continuamente la cabeza y lleva un ojo medio fuera. Saschka entra en el lazareto a dar un aviso y luego vuelve a salir con un caballo de las riendas. La yegua se encabrita y resbala en el barro.

—¿A dónde vas? — le grita Worobiev. — ¡Siéntate a nuestra vera, Saschka!

—¡Yo no me siento junto a vosotros! — dice Saschka arreando a la yegua. — ¡No me siento, ea!...

—¿Cómo — Worobiev se echa a reír. — ¿Lo has pensado bien, Saschka? ¿No te gusta ya dormir con los hombres?

—¿Contigo? ¡Ya lo creo que lo he pensado bien!—dice la mujer al comandante, arrojando violentamente las riendas, — ¡ya no vuelvo a dormir contigo, Worobiev! ¡Os he visto hoy, valientes; he visto al desnudo toda tu vergüenza, comandante!

—¿La has visto? — gruñe Worobiev, — ¿y por qué no has tirado en seguida?

—¿Tirar — grita la mujer desesperada, arrancándose de la manga su distintivo de Sanidad, — ¿acaso puedo tirar con este pingajo?

Entonces intervino Akinfiiev, el cochero del tribunal de campaña, con el cual tengo yo una vieja cuenta que arreglar.

—Tú no tenías por qué tirar, Saschka — le dijo a ella, — a tí no puede nadie echarte la culpa; pero yo voy a echar la culpa a sujetos como ése, que van al combate sin ni siquiera cargar el revólver... Tú has corrido al ataque — me grita Akinfiiev, y su rostro se contorsiona, — tú has ido al ataque y no has cargado cartuchos. ¿Por qué motivo?...

—¡Déjame en paz, Iván! — digo a Akinfiiev; pero él no me deja tranquilo y se me acerca en actitud amenazadora. Era un hombrecillo torcido, con las costillas rotas e incluso epiléptico.

—¡El polaco dispara contra tí, y tú no tiras contra él! — grita fuera de sí, mientras las costillas parecen crujirle en el cuerpo. — ¿Cuál es el motivo?

—¡El polaco contra mí, bueno; pero yo contra él no! — respondo con voz firme.

—¿Eres un molocano? — Akinfiiev da un paso atrás.

—¡Sí, hombre, sí, un molocano! — digo yo con voz aún más alta, — ¿y a tí qué te importa, Iván?

—¡Me importa! — grita frenético, — me importa que lo confieses, porque yo he jurado retorcer el pescuezo a todos los molocanos, a esos sectarios, a esos tragahostias...

Muchos soldados se agolpan junto a nosotros al ruido de las voces. Iván continúa maldiciendo y botando contra los molocanos. Yo me retiro, pero él me sigue y me propina un puñetazo en las espaldas.

—¡No has cargado tus cartuchos! — bufa otra vez antes mis oídos, tratando de abrirme la boca con los dedos. — ¡Tú, santurrón; tú, traidor!...

Me da un golpe en los labios, haciéndome sangrar de las encías. En seguida me lanzo sobre el epiléptico sujeto, le doy un empellón y le aporreo la cara hasta hacerle sangrar y caer de bruces sobre el barro.

Entonces Saschka se acerca a él con sus pechos hemboleantes. La bien plantada hembra riega a Iván con un cubo de agua y le saca de la boca un largo diente que se tambaleaba en el negro agujero como un abedul de noche en la carretera.

—¡Cómo los gallos! — dice Saschka; — no tienen más preocupación que la de darse de tortazos. ¡Pero os digo que lo que hoy he visto de vosotros es como para esquearse y cerrar los ojos!...

Lo dijo con pena y luego se llevó consigo al aporreado Akinfiiev. Yo me fuí lentamente a través de la aldea Tscheniski, que se reblandecía en la inextrincable lluvia de Galizia.

La aldea nadaba y se hinchaba. Barro rojizo chorreaba de sus desoladas heridas. La primera estrella fulgía sobre mi cabeza y cayó en las nubes. La lluvia azotó los prados hasta cansarse. La luz vesperal voló al cielo como una bandada de pájaros; las tinieblas me embutieron su húmeda corona en la cabeza. Me fallaron las fuerzas, inclinándome bajo la corona de la tumba; luego seguí andando y pedí al destino el arte más sencillo, el arte de matar a un hombre.

ALEJANDRO MALYSCHKIN

El Ciclón

Inesperadamente nos vimos envueltos en el más frenético torbellino de la evacuación: los blancos, procedentes del Este, habían roto la línea en Nikopol, atravesando el Dniéper. Todo un cuerpo de ejército caucásico había sido lanzado contra este punto. Era evidentemente el comienzo de una operación gigantesca, que tendía a bordear nuestras concentraciones de tropas y cortar las principales líneas de acceso. El cuerpo de ejército avanzaba desde Nikopol en dirección a la estación de "Cuerno Corvo". Y en la noche loca y glacial llegó a dicha estación nuestro vagón oficial.

Eramos portadores de documentos secretos para la concentración de tropas del Sur. Los documentos entrañaban una importancia excepcional, por guardar relación con las próximas operaciones de manera que nosotros debíamos alcanzar el Sur a todo trance. Nosotros, es decir, yo y los dos guardias rojos que me acompañaban, Beresin y Gaimidullin.

Pero los trenes, que iban entrando a docenas en la estación, eran despachados al azar hacia tal o cual punto, como la casualidad quería dictarlo. Ya estábamos a punto de ir al edificio de la estación — habíamos pasado nada menos que dos noches helados de frío en el vagón, sin comestibles ni combustibles, — cuando se nos enganchó a otro tren cualquiera, arratrándonos en la noche obscura y llena de aguanieve.

Al partir, Beresin había tenido apenas tiempo para atrapar una tabla y montar con ella.

Gaimidullin lanzaba maldiciones y juramentos.

—¡A ese comandante habría que darle una en los hocicos! ¿Por qué nos ha enganchado tan de prisa y nos echa afuera con el estómago vacío? ¡El muy granuja!

Pero las patrullas de caballería del enemigo podrían presentarse de un momento a otro en la vía, pues merodeaban cerca de aquí, en alguna parte protegidos por la negra noche. Yo dije a los soldados rojos:

—El tiempo es oro, muchachos. ¡Si nos ocurre algún tropiezo, lo primero que hay que hacer es quemar los documentos; no lo olvidéis!

Beresin encendió la estufa, alimentándola con las astillas de su tabla. La estufa carecía de tubo de salida, y el humo asfixiante se retorcía por encima de nosotros, dirigiéndose a la portezuela. Nos echamos lo más bajo posible sobre los lacrados sacos de los documentos; de este modo nos mordía menos en los ojos. Gaimidullin se tumbó sobre nosotros dos, para calentarnos y protegernos. Delante, en el tren, miles de soldados rojos empezaron a cantar, como con una sola boca, una canción triste. El tren rodaba en medio del canto cual sobre una cuerda vibrante.

Nos dormimos. El viento de la estepa entraba dando bufidos a través de las hendiduras...

Me desperté: los piojos me abrasaban las espaldas, pero no podía rascarme, pues todo el cuerpo se me habría quedado tieso como hielo si me hubiese desabrochado la ropa. Me hallaba solo. Los soldados estaban sentados ante el fuego, medio apagado ya, y limpiaban sus fusiles. Gaimidullin mordía el cañón de su fusil.

Las caras tenían un aspecto pétreo y vigilante...

Durante la noche, la débil locomotora había abandonado dos vagones en una estación dejada de la mano de Dios, a unos cuarenta kilómetros del "Cuervo Corvo". Uno de estos dos vagones era el nuestro.

Nosotros dormíamos precisamente.

Al amanecer corrí enfurecido bajo el aguanieve a ver al jefe de estación, le pedí el nombre del comandante del tren, exigí el transporte de mi vagón con una máquina especial, que debía encargarse al próximo punto de enlace, descargué un puñetazo sobre el aparato de señales y puse al jefe mi credencial delante de las narices. Detrás de mí estaba Gaimidullin, impresionante, tiznado, hambriento, como un lobo, con el fusil en la mano.

—¡Te digo que despaches en-se-gui-da nuestro vagón! ¿Me entiendes?

El jefe de estación miró convulso a mi revólver, a nuestros abrigos raídos y plagados de piojos — nuestras caras y nuestros uniformes después de los seis días de viaje eran capaces de inspirar miedo a cualquiera — y prometió tomar todas las medidas necesarias y dar en

dones a los empleados de servicio para que engancharan nuestro vagón al primer tren que pasara con dirección al Sur.

—También han estado aquí los del otro vagón, pero a vosotros os despacharé antes...

¿Mas era posible que ahora salieran trenes para el Sur, cuando indudablemente se reunían a toda prisa las reserves para lanzarlas sobre el sector rojo, donde no había más que destacamentos débiles?

El vagón estaba lleno de humo (Beresin había logrado arrancar algunas tablas de las maderas del vagón y acababa de nutrir la estufa con ellas); detrás de la estufa se hallaban sentados cuatro desconocidos andrajosos. Eran gente del otro vagón desenganchado, que iba cargado de explosivos y se dirigía también al punto de concentración. Examiné sus papeles y les permití quedarse con nosotros.

—¡Vamos a reventar aquí! — dijo Gaimidullin. — Hace un viento de todos los demonios y los blancos están cerca. ¡Ay, esos comandantes, esos granujas!

—Es seguro que nos van a enganchar — dije yo. — Seremos los primeros, ya lo has oído.

Me pareció como si por las caras de los desharrapados que miraban hoscamente al suelo, resbalase una sonrisa venenosa y maligna.

La estufa se apagó; no había más madera, tampoco teníamos esperanzas de hallar comida; en fin, la situación era desagradable.

El diablo sabe donde debía estar ahora la caballería enemiga. De noche habría sido más fácil pasar. Poseíamos un mapa y yo no temía extraviarme. Pero, ¿y el aguanieve?

La tormenta de nieve cantaba con rumor cada vez más penetrante y opresor, metía cada vez con más frecuencia a través de las hendiduras fino polvo de nieve en el interior del vagón, y se clavaba como una aguja en el calor precioso que aún guardábamos debajo de la ropa.

Las estaciones meteorológicas habían pronosticado precisamente para estos días un ciclón de nieve, que procedente de algunos respiraderos polares, debía recorrer toda la Europa oriental. Esta tormenta de nieve

podía ser el signo precursor... Era necesario tomar medidas de precaución.

Mandé a Beresin a ver si detrás de la estación había casas, madera. Le dí el último capote, a fin de que pudiera cambiarlo por pan. El dinero soviético no era ya aceptado, pues al día siguiente podía ocupar el poder otro gobierno.

Beresin volvió al cabo de media hora, trayendo aproximadamente una libra de pan. Repartimos el pan en raciones iguales y lo devoramos en seguida. Aparte tres chozas, detrás de la estación no había nada; sólo campos desiertos.

—¡Gente tacaña hasta el moño; hablan mucho, pero no dan ni pizca!

Beresin escupió malhumorado.

—Y luego, camarada, superior, quisiera ir a dar una vuelta a la estación. Me parece que nos están engañando. Continuamente salen trenes... Y todos en la dirección a donde queremos ir nosotros.

Ya había oído silbar las máquinas, pero no podía creer que dichos trenes se dirigieren hacia el Sur. Al fin y al cabo el jefe de estación había prometido engancharnos al primer... Tenía pocas ganas de salir en medio de la tormenta de nieve.

Gaimidullin se enfadó:

—Vete, padrecito superior, arma un escándalo. Manda un largo telegrama al comisario: no nos dejan continuar el viaje, vamos a reventar aquí. ¡Vé, y arma un escándalo!

De buena o mala gana no tuve más remedio que ir. En la primera vía se hallaban un tren de transporte dispuesto a salir. En el andén encontré al jefe de estación.

Le pregunté si era verdad que habían partido ya trenes en dirección al Sur.

El se encogió de hombros consciente de su culpa.

—¡Camarada! ¿Qué puedo hacerle yo? Doy a cada tren la orden de enganchar vuestro vagón. Yo mismo corro a repetirlo a los conductores, pero no quieren tomaros. Todos dicen que van con una carga excesiva. Ahí tiene usted un tren que va también en vuestra dirección; vaya usted, intente usted, hable usted con el teniente.

Le cogí apresuradamente del brazo.

—¡Venga usted, vamos juntos, déme la orden!

Me pareció como si los andrajosos se deslizaran detrás de nosotros con caras airadas y espectantes. Quizá no había sido más que el viento. Este aullaba enconado, se clavaba como un puñal.

El comandante del tren se negó resueltamente a tomarnos consigo.

Yo rogué, amenacé, demostré lo importante que era el transporte de mi vagón para todo el frente, incluso para toda la república; pero él fué implacable: el tren iba ya de sí sobrecargado, probablemente la máquina no podría con todo.

—Y no voy a desenganchar mis vagones. Todos nosotros vamos con los estómagos vacíos y los huesos helados...

Nos retiramos. El jefe de estación me consoló:

—Ahora pasan con frecuencia trenes en esa dirección. Si no ha podido ser en éste... en el tren próximo engancharemos su vagón con toda seguridad.

Yo no creía en esto, por lo cual dije todo lo amenazadoramente que pude:

—¡Ya lo veremos!...

En el vagón hacía frío; incluso su interior estaba lleno de escarcha. De nuevo volvieron a mirarme desde detrás de la estufa ojos sombríos, que inspiraban temor...

Y afuera, en medio del aguanieve silbaban y rechinaban alegremente los trenes de transporte: ¡hacia el Sur, hacia el Sur! A cada silbido de una máquina se encabritaba la cólera, comenzaba a martillear violentamente el corazón. También nosotros podríamos correr ahora veloces, también nosotros, también nosotros...

Por lo demás no comprendía por qué los trenes marchaban hacia el Sur y no al lugar donde el frente había sido roto.

Beresin salió otra vez en busca de comestibles. Como ya no nos quedaban cosas que cambiar, se puso a mendigar. Le dieron una cazuela de granos de trigo; los machacamos con piedras, alegrándonos ante la perspectiva de poder cocerlos tan pronto como halláramos leña para hacer fuego. Casi en estado de insensibilidad nos tendimos sobre los sacos; Beresin encima de nosotros. Y de nuevo comenzaron a cantar los soldados rojos...

el vagón rodaba... los trenes silbaban sol y aliento a pulmón pleno...

Al amanecer nos despertaron los harapientos. Nuestro vagón continuaba parado.

—¡Eh! ¡Arriba! ¡Venid con un par de sacos, ha llegado carbón!

Beresin y yo saltamos del vagón. El tren de carbón estaba en la segunda vía. Los puestos de vigilancia no podían ver, de tal modo les sacudía y azotaba la tormenta de nieve. Del tren militar de al lado, en cuyos fríos vagones los soldados pataleaban rabiosamente, había ya unos cuantos robando carbón. Se hallaban agachados — cual sombras furtivas — debajo de casi todos los vagones de carbón. También nosotros nos agachamos, agarramos con dedos entumecidos los puntiagudos trozos de carbón y arrastramos sin aliento sacos llenos a nuestro vagón. La tormenta barría todo el lugar, cubría de jirones volantes y blanco-grisáceos el edificio de la estación y el tren de mercancías. Apenas le dejaba a uno tenerse en pie. Las manos se negaban a funcionar, recogíamos el carbón con los codos, con la barba; revolvíamos el interior de los vagones de carbón; la tormenta de nieve se cernía en remolinos sobre ellos, negra y venenosa como humo...

El tren militar salió con las estufas al rojo. Nosotros hubiéramos querido apretarnos contra ellos con desnudos cuerpos, atragantados de dicha y de saliva...

Tras el vagón se hallaba la noche.

Los muchachos dijeron:

—¡Vamos a buscar madera para encender la estufa, quédate aquí!

Yo me sentía débil y traté de echarme sobre los sacos; pero, no, no debía hacer esto: los párpados semicerrados me pesaban como hierro, era muy fácil caer rápidamente en sueños... Me levanté y corrí alrededor de la estufa; quería vivir, aunque no fuera más que cinco minutos todavía...

De esta si que no escapo...

Al pie del vagón graznó la voz de Beresin:

—¡Abre la puerta!...

La puerta se abrió rechinando y de la obscuridad emergió una voz:

—...vete detrás de la estación... allá, a la derecha...

es necesario matar un perro... he logrado abrir la puerta del jardín, pero el marrajo no me ha dejado entrar...

Bajé al caos sombrío y glacial, y me dirigí al azar, con paso vacilante, hacia el lugar en que debía hallarse el edificio de la estación. Olas de nieve se escurrieron debajo de mis pies, me levantaron en sus blandas crestas, me hicieron avanzar cayendo en abismos y volvieron a levantarme. Iba por bordes invisibles y siniestros, junto a los cuales se agitaba el negro océano como una fiera. El océano rugía. Gritos perdidos sonaron en mis oídos:

"... allí... allí... a la puerta del jardín... mátalo..."

Me apoyé con todo el cuerpo contra alguna pared y ésta cedió. Un bulto negro aulló y se lanzó sobre mí. Comprendí que era el perro. Los dedos apretaron ligeramente el gatillo del revólver: casi hasta la resistencia, luego más, más. El bulto negro dió una voltereta en la nieve, trató de retirarse a rastras, profirió un aullido lastimero y permaneció inmóvil.

—¡Listo — grite a los otros.

Era preciso agacharse casi hasta el suelo, clavar los pies en la tierra, a fin de no ser arrancado, barrido, triturado en los torbellinos que zumbaban con loca furia.

Llegaba el ciclón.

Había comenzado allá lejos, en alguna región de los desiertos de nieve del polo. Con bramidos penetrantes volaban vertiginosamente las capas de aire que se habían acumulado allí; recorrían aullando espacios de miles de leguas, arrastrando consigo tejados, árboles, arrancando piedras de la tierra, enterrando con trombas de nieve carruajes y trenes, lanzando cadáveres enguruñidos bajo los puentes situados a lo largo del camino. Agitadas hasta en sus partes má íntimas, las masas de aire arrasaban cuanto hallaban a su paso y volaban al mar; esto era necesario por alguna razón; alguna armonía salvaje de la atmósfera, alguna verdad nacía en ese fragor insensato...

Yo me tendí casi sobre el suelo, completamente oprimido...

Miles de personas estarían sentadas en cuartos bien calientes, oyendo cómo la tormenta aullaba sobre la chimenea, pensando estremecidos que en alguna parte ha-

bía estepas, frotándose las manos ante la estufa, llenos de satisfacción y bienestar. ¿Habría yo deseado estar en su lugar?

No; ese calor era embotador como una pesadilla...

Las gigantescas ráfagas de viento me columpiaban, me arrancaban de la estrechez, descubrían la imponente grandeza de la noche.

Esta noche nos hallábamos medio muertos de frío, piojos y hambre, y, sin embargo, trabajando, con las manos entumecidas, pero llenos de decisión furiosa y alegre a la vez, resueltos a abrirnos un camino hacia la vida a través de la nieve y la tormenta; trenes sin calefacción, que corrían cientos de kilómetros perforando la noche; la gente que iba en ellos pataleaba para no helarse, pues quería triunfar; robaba carbón, que estaba destinado a los engranajes de la Revolución, allí donde los vagones llegaban sin carga... Y si no había carbón, se rompían cercas y vallados, se arrancaba traviesas de la tierra, dura como la piedra, y se silbaba y cantaba "victoria" en medio de la tormenta. En alguna parte, correos de campaña extraviados en el camino dormían en camas de nieve; allí, en el sector roto de la línea, vagaban ciegos los destacamentos, confundían sus vanguardias y retaguardias, hacían castañetear sus ametralladoras contra el torbellino de nieve: ¡chas... chas... chas!...

Yo volví al vagón, a nuestro vagón. El vagón éramos nosotros. Beresin taconeaba al correr alrededor de la estufa. El me era el más próximo en el mundo entero, él y Gaimidullin... Todos éramos jirones de una sola voluntad humana, que giraba en ciclonales remolinos a través de la noche; de nuestros cuerpos ateridos, agotados y sacudidos se derivaba y desarrollaba un gran día, un día anhelado por la humanidad en sueños sedientos...

De las entrañas del torbellino de nieve fué arrastrado un monstruo. Beresin le dió un violento topetazo, se oyó chascar y crujir, y en el vagón volaron astillas revueltas con puntas, aros y guarniciones de latón. Yo pregunté a Gaimidullin lo que pasaba.

—Hemos descoyuntado la puerta...; cuando venga la primavera y la paz construiremos una nueva.

Y la estufa al rojo, en torno a la cual nos instalamos fué como un sueño; el crepúsculo fué purpúreo como un sueño; y sobre nosotros flotaba un hedor cálido y bien

hechor. Negros, desgreñados, nos hallábamos sentados en coro y respirábamos el calor dulce y embriagador. Gaimidullin rompió a cantar en tonos prolongados:

—Alliai-lia-a... ¡Alliai-lia-a!...

Yo le acompañé y también los andrajosos se pusieron a canturrear. El latón de la estufa estaba al rojo blanco. Nos desabrochamos, nos despiojamos con delicia cuanto quisimos y cominos papilla de granos de trigo. El vagón rodaba en oscilaciones de columpio, infinitas y amodorrantes.

—Alliai-lia-a... ¡Alliai-lia-a!...

Hacia media noche — estábamos precisamente solos en el vagón — Beresin, que se hallaba a mi lado, se levantó de repente y gritó frenéticamente:

—¡Estamos en marcha! ¡Estamos en marcha!

Escuchamos. Ya no era únicamente la tempestad de nieve lo que sacudía el vagón. Con claridad podíamos percibir el ruido de las ruedas al deslizarse sobre los rieles: ¡nos hallábamos efectivamente en marcha! Esto era increíble, fantástico. Gaimidullin me agarró, me dió dos vueltas y ambos fuimos a caer de bruces cerca de la puerta. Partíamos, partíamos. Adelante, muy cerca, se veía ya la negra masa de un tren.

Alguien vino de la estación y llamó con el puño a nuestra puerta:

—Vamos, ahora sí que va de veras. Os van a enganchar. Vosotros vais a ser los primeros.

Por la voz reconocí al jefe de estación.

—¡Gracias! — le dije.

—¡A la vuelta le traeremos pan, un pan entero! — gritó Gaimidullin.

—Bien, lo que hace falta es que volváis.

Beresin gruñó:

—Que te lleve el diablo a tí y a tu maldita estación! ¡Así no te volvamos a ver en en cien años! ¡Vete a la m!...

Pronto oímos el estrépito de los topes al enganchar. En alguna parte silbó la máquina en medio del viento. Nos volvimos a echar y el sueño vino como un vuelo vacilante. Los pernos rechinaron una vez más; el vagón partió.

Probablemente habíamos ya pasado la estación y entrábamos en la estepa, cuando de pronto la marcha se hizo más lenta y el vagón se quedó parado.

—¿Están colocando, o qué?

Beresin se lanzó a la puerta.

—¡Canalla! — exclamó fuera de sí.

Nosotros nos estremecimos al oír este grito.

—Camarada superior, esos... han empujado con las manos...

Corrimos a la puerta.

El vagón se hallaba en una vía muerta, sólo, sin máquina, sin tren. Delante se movía la mancha parduzca de otro vagón.

—¡Mira! ¡Mira! Nos han desenganchado y luego se han puesto a... ¡Nada de "mirar"! ¡Vengan los fusiles!

Los andrajosos nos habían desenganchado.

Llenos de cólera, nos tiramos del vagón.

—¡Eh, jefe de estación! — grité yo. — ¡Mande parar el tren! ¿Dónde está la Cheka del lugar?

—¡Aquí! ¡Aquí!

Del andén vinieron corriendo algunos hombres armados de fusiles.

Los andrajosos enganchaban con calma su vagón; de pronto avanzaron corriendo y se lanzaron maldiciendo y con los puños cerrados contra los que venían.

—¡Nosotros vamos al frente... y vosotros aquí!... ¡Rómpeles la cabeza!

Los fusiles cayeron sobre la nieve, y la gente volvió con las orejas gachas a la estación.

Los desharrapados cayeron sobre uno de los agentes, que se había quedado junto al vagón, le agarraron del pescuezo y le arrastraron sobre la nieve.

—¿Con la carabina querías?...

—Era mi deber... Servicio... — gimió el hombre. —El comandante...

Nosotros corrimos hacia allí.

Pero era ya demasiado tarde. El tren se puso en movimiento, los andrajosos dejaron su víctima y saltaron al vagón.

Entonces Gaimidullin echó rodilla a tierra y apuntó con su fusil.

—¡An-ne-gag-ga!... — blasfemó en tártaro. — U-sucochch...

Yo descargué un puñetazo sobre la culata del fusil y la bala voló en el aire.

—¡Bobalicón! ¿No sabes que el vagón va cargado de explosivos?

Nos volvimos a echar y dormimos. Por todas partes nevaba sobre nosotros, por todas partes resonaba un canto penetrante y mortífero, que venía del polo, de los bosques de coníferas del Norte, de Moscú, del mundo entero. A nosotros todo nos daba igual bajo el ciclón, íntimo y formidable...

Y al amanecer o al anochecer siguiente — el mundo estaba lleno de un aire turbio y tranquilo, — un tren nos llevó al punto de empalme. Tambaleándome de hambre me dirigí a la Comandancia, donde presenté mi credencial y pedí se diera de comer y se me despachara inmediatamente.

El comandante contempló con risa atenta mis ojos embotados y enramados de sangre.

—Camarada, me parece que allá abajo no necesitan ya tan urgentemente vuestros documentos. Las operaciones han comenzado ya hace dos días desde la base de concentración. El ejército ha avanzado notablemente. El boquete de irrupción está liquidado. ¿Es usted del vagón del Estado Mayor, camarada? Voy a enseñarle en seguida el informe de hoy.

Era el informe de los aviones de reconocimiento.

No leí. Me pareció como si yo mismo, navegando a inmensa altura, devorase la imagen de abajo.

El Dniéper, las pardas alfombras de las hondonadas de la corriente, las hogueras de los campamentos, los vehículos de transporte...

Y allí, detrás de la estación del "Cuerno Corvo", detrás de Nikopol, en la región ocupada por el enemigo, ardían estaciones, se carbonizaban esqueletos de vagones destrozados, corrían tímidamente hacia el Sur las reatas de trenes.

Un ciclón invisible las empujaba hacia el mar.